

LA SONRISA DE OLIVINA

Durante los veinte primeros días de Enero de 1952, nevó y nevó hasta el hastío en Santa María de Labranco. Una gruesa capa de nieve cubrió las calles del pueblo, el valle donde se asienta y los montes que lo rodean. Los aldeanos quedaron inmovilizados ni siquiera pudieron ir a trabajar a la mina a pesar de estar tan cerca.

Tal fue el rigor que para poder transportar por las calles: ir a las cuadradas, a los pajares, a la fuente, al riachuelo... tuvieron que espalar la nieve.

La mayoría de ellos mataban el tiempo charlando en la fragua, en la zapatería o en la cantina. A casa sólo iban a lo inevitable. A comer, a atender el ganado, a dormir...

Habían llegado ya al punto de no tener de qué hablar y salvo mirar como trabajaba el herrero o el zapatero o jugar a las cartas, lo demás se había convertido ya en un puro aburrimiento.

El fuerte vendaval que se desató en la Sierra, la tarde del primer domingo de Febrero, arrastró los negros nubarrones que nos cubrían más allá de las cumbres y el sol volvió a iluminar el valle.

Un haz de sus deslumbrantes rayos penetró por la ventana de la cantina, aclaró la penumbra que ya se había hecho habitual e iluminó; con una luz espectral la cara de Olivina, que sentada al lado de la estufa, parecía dormitar, aunque en realidad su mente vagando por desconocidos caminos, tejía fantasmas. La aureola rojiza, reflejo de la chapa, que la envolvía desapareció. Dio un respingo, se puso en pie, levantó los brazos al techo; su larga melena negra se abrió como si se tratase de un abanico, y sorprendiéndonos y asustándonos a todos gritó:

-¡Las alimañas los matarán!

Sus hermosos ojos verdes; desorbitados, brillando como ascuas os había visto brillar y su hermosa cara ensombrecida por una inusitada expresión de angustia, acentuaron el grito.

Durante unos segundos; que se me hicieron eternos, permaneció paralizada con la vista perdida en el infinito, llorando. Luego volvió a sentarse en el extremo del escañil junto a la estufa inclino la cabeza sobre el pecho y de nuevo se quedó ensimismada.

Aquel día era su cumpleaños y llevaba puesto el vestido blanco de las fiestas sobre el que resaltaba su brillante y larga melena negra.

Olivina a veces emergía del fondo de las sombras que tupían su mente y decía o gritaba, alguna frase que nos dejaba extrañados, pensativos, cuando no como aquel día con el ánimo sobrecojido.

-¡Hay tufol!- exclamó en cierta ocasión.

-Pero hija si el tiro está abierto. Además yo no huelo nada- le contestó su padre perplejo.

-¡Hay tufol!- repitió ella.

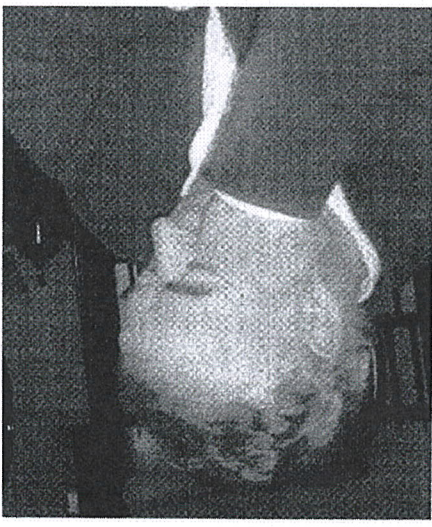
Y enseguida con tono grave, a punto de llorar, dirigiéndose a su hermano añadió:

-¡Mañana no vayas a la mina!

El: pálido, sorprendido y azorado apenas pudo balbucir:

-Es necesario que achiqúe el agua... si no lo hago... los demás no podrán entrar al tajo...

No le hizo caso y al día siguiente, después de comer, vigilando las bombas, adormilado en la profunda y aburrida soledad del pozo, aturcido por el tufol que desprendía la estufa, cayó a la balsa del agua y se ahogó.



Armando Viloria

Otra vez dijo que olía a pólvora y que la mina nos revolvería las tripas. Días después un compañero, en una galería abandonada, hizo explotar en su pecho un cartucho de dinamita.

En otra ocasión, creo que fue por Navidad gritó:

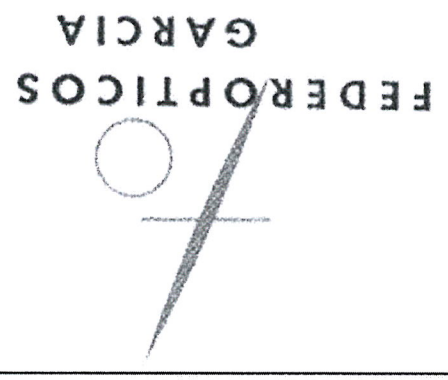
-¡Paaa... lobos!

Entonces caímos en la cuenta de que el cantinero había ido con el caballo a buscarlo y lo encontraron muy cerca del pueblo atemorizado, tembloroso. Habla con el tío Juvenal. Los lobos que le atacaban al oírlos habían huído.

Intentando en vano comprender lo que quiso decir con "esas alimañas los matarán", recuerdo que acunado por el rún-rún de las conversaciones y el calor de los brazos, me quedé dormido sobre la mesa.

OPTICO - OPTOMETRISTA
LENTES DE CONTACTO

¡Verás que bien!



Dr. Fleming, 5 - Tel. 987 51 05 14
24300 BEMBIBRE

LA ENCINA
TANATORIO

FUNERARIAS REUNIDAS DEL BIERZO
EL CARMEN, BIERZO Y DELMIRO VEGA

Avda. de Astorga s/n • 24400 PONFERRADA (León)
Telfs.: PONFERRADA 987 424 230 - Fax 987 402 019
BEMBIBRE 987 510 123



me ataba a tan negro destino, a tan duro bregar, en ocasiones, para darme anti-mos me repetía lo que tantas veces me dijo mi padre:

"Espabila minero! Al tajo minero! ¡Has de ganar el pan con el sudor de tu frente! Con ese sudor que día tras día va tiñendo de negro las pocas ilusiones que te quedan. Y no olvides que la mina es zorra y traicionera; así que no te confíes y andate con tiento pues ya se la ha jugado a otros y también te la puede jugar a ti y ten la seguridad además, pero resígnate, que si no te alcanzan hoy te estará esperando agazapada en tus pulmones el día de mañana. Ese pitido que surge ya de lo más profundo de tu pecho te lo anuncia:

El sábado siguiente la guadana de la dama negra rozó el cuello de Resti. Un costero en forma de cuña, desprendido del techo del coladero en el que trabajaba, le aprisionó contra la pared y aun-brazo libre, intuyó que no podría aguantar por mucho tiempo y que acabaría asfixiándole.

Quiso gritar pero la opresión de la piedra se lo impidió. Casi paralizado por la desesperación que la impotencia y el terror que ya empezaba a sentir, le producían, se imaginó a sí mismo en un atad. En ese momento, sin quererlo en su mente apareció Olivina que anegada en lágrimas acariciando la sortija mientras miraba el reloj exstasiada. Y ¡se le ocurrió la idea! Arrancó la cadena de la trábilla y sacándolo a duras penas del bolsillo lo dejó caer, con la esperanza de que allí abajo, en la galería su ayudante o alguien lo viese.

Poco después llegó, trepando por las puntas, el plantilla y le ayudó a librarse de la piedra.

A la una, después de haber cobrado, olvidado el percañe, eufóricos por el dinero que calentaba nuestros bolsillos y el fin de semana que nos aguardaba, regresamos al pueblo.

ojos hacía oscilar en el extremo de la cadena, su brillante reloj de plata, la miraba emblesado. Luego le puso en la mano una sortija con una bolita blanca. Ella se la puso mirándolo a través de las lágrimas que inundaban sus ojos absor-ta, fascinada, como hipnotizada.

Ya en otras ocasiones le había hecho regalos: un cristal de cuarzo, un collar de majuelos, una pizarra con helchos petrificados en sus caras...

Y yo por Reyes, le regalé un espejito en el que se miraba y remiraba. Y a veces también me quedaba observándola. Esperaba que algún día levantara la cabeza y me sonriese. Su sonrisa tenía que ser maravillosa.

Resti, mozo zalamero y jueguitista, que con su alegría tenía cautivado a todo el mundo, había sustituido en los corazones, tanto del cantinero como de su mujer, al hijo que les hurtara la mina. Y creo que Olivina en el suyo, le había erigido un altar en el que a diario renovaba las flores de un sentimiento aunque silencioso profundo.

Con la mejoría del tiempo, pudimos volver al trabajo y la vida recobró su ritmo normal.

Lo que más aborrecía de la mina, era su angustiosa soledad. A menudo trabajaba sólo y a veces por no bajar de la chimenea o del coladero me pasaba toda la jornada allí arriba, devanando pensamientos, enfrentado a los propios fantasmas. La tenue luz del candil era el único puente que me unía con la vida. Y cuando adrede permanecía a oscuras sumergido en el sofocante olor a polvo-ra, que pica en la nariz y la garganta, en el lóbrego, húmedo, caliente y viscoso, como aliento de lobo, ambiente, que entumeces las piernas, llegaba un momento en el que me sentía enterrado vivo. Entonces, al borde del miedo, huía aunque sólo fuera con la imaginación al exterior, a encontrarme con la luz, el ruido, la gente...

Intentando olvidar la maldición que

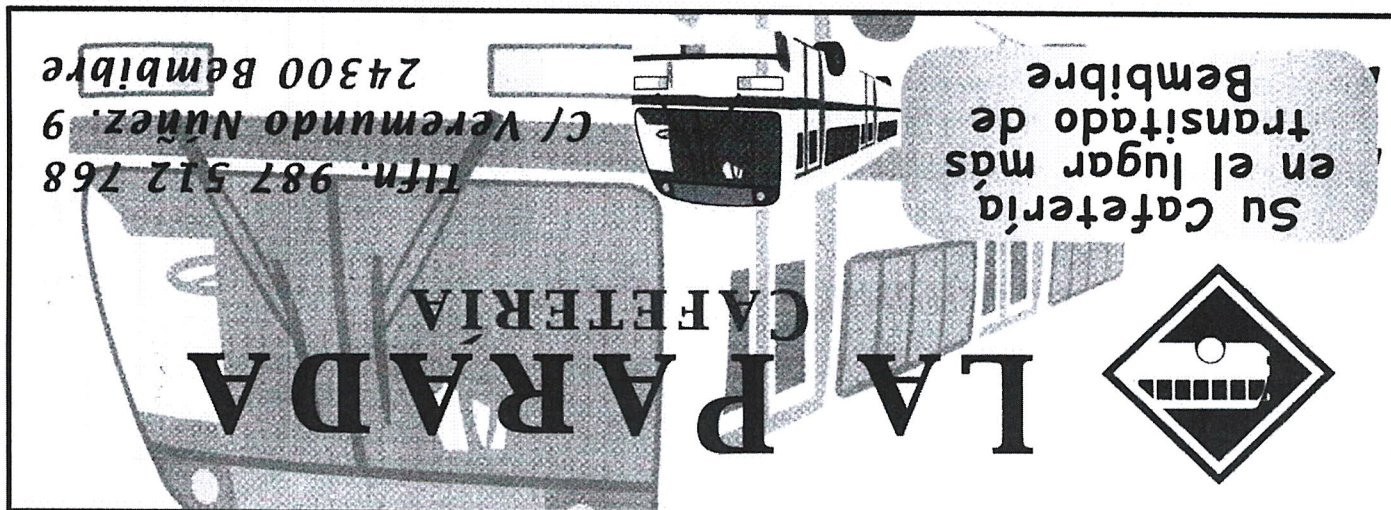
Al cabo de un rato, el desagradable chirrar de los pernos de la puerta, me despertó.

Dos mineros de "Traslasierra", los únicos que no pudieron ir a su pueblo por la "invernia", entraron en la cantina. En aquel tiempo muchos jóvenes de las minas. Para ello cruzaban los montes ventan a esta zona a trabajar en las desafiando, en muchas ocasiones, la lluvia, el frío, la nieve y casi siempre al viento; fenómenos que allí arriba arre-cian con más vehemencia. Y aunque conocían aquellos andurriales como la palma de la mano, no dejaba de ser peligroso recorrerlos, pues los senderos, mejor dicho los caminos de cabras, serpenteando por vericuetos y fragosidadas, subían o bajaban, bordeando a veces peligrosas barranqueras.

Si el invierno era demasiado duro, se quedaban hasta que pasara la crudeza y si no, los sábados regresaban a sus pueblos hasta el lunes. En el verano iban y venían todos los días, pues debían echar una mano a sus familias en las tareas agrícolas. Desde el pueblo más cercano solían tardar tres horas, más o menos.

Resti, el primero en entrar, después de saludar a todos con aquella simpática que le caracterizaba, se acercó a Olivina, le dijo algo al oído y mientras ante sus





LA PARADA CAFETERIA

Su Cafetería en el lugar más transitado de Bembiyre

Tfn. 987 512 768
C/ Veremundo Nuñez, 9
24300 Bembiyre

pues estos, si se desató un fuerte temportal se habrían guarecido en sus cubiles.

Opiné y así lo manifesté entonces, que Resti y su compañero al darse cuenta de que "cercaba" cada vez con más fuerza y que la oscuridad apenas les permitía ver ya, decidieron refugiarse en "la Cueva" y esperar a cubierto hasta el día siguiente.

Pero... ¿Con quién se encontraron en ella? Sin duda, y es mi opinión, con personas que para robarles o simplemente por haberlas descubierto los habían matado.

Durante la búsqueda, pasamos varias veces por el lugar en el que aparecieron los cuerpos, sin verlos. Supuse por ello que los asesinos debieron tenerlos ocultos en alguno de los muchos recovecos que tiene la cueva y cuando dejó de haber gente por allí arriba, los sacaron y los arrojaron a aquella escabrosa hondonada.

Dos preguntas quedaron sin respuesta:

¿Por qué los cadáveres estaban prácticamente desnudos? ¿Acaso los lobos se comieron también las botas, los abrigos y los sobres con el dinero de la paga?

Le di mil vueltas a la cabeza hasta que una sospecha, cada vez más arraigada, ocupó mi cabeza.

Haría un año y pico, a dos no llegaba: recuerdo que era la víspera de la fiesta de invierno y que estábamos como no en la cantina! Serían las once de la noche más o menos, cuando de repente se abrió la puerta violentamente y entraron siete hombres, abrigados, algunos con tabardos, otros con capotes y todos cubiertos con pasamontañas y gorros llenos de nieve. Empujaban fusiles, algunos eran ametralladores con los que nos encañonaron. El primero gritó:

-¡Qué nadie se mueva!

En ese lapso de tiempo y para colmo, otro penoso suceso vino a conmocionar la vida del pueblo. A mediados de Abril, murió Olivina. Según dijo el médico, de inanición y melancolía.

Desde aquella noche de mal recuerdo en que gritó el nombre de Resti se había negado a comer. Había pasado el tiempo sentada en su habitación, mecándose a sí misma, con la vista perdida, llorando y acariciando continuamente la sortija.

Días después, alguien trajo la noticia de que un pastor del otro lado siguiente a una extraña luz había encontrado, en una hondonada cerca de "la Cueva", los cuerpos de los dos desaparecidos. Las alimañas los habían devorado casi por completo.

El pastor aseguró una y otra vez que los descubrió porque, sobre el sitio en el que estaban, había visto; suspendida en el aire y aureolada por un nimbo rojo-rosa de luz espectral, a una hermosa mujer vestida de blanco. Contó que le había llamado la atención su extraordinaria melena negra y que cuando azaudaría por la curiosidad, decidió acercarse; no sin temor, hasta el lugar, y que según se iba acercando, la visión se esfumaba hasta que desapareció del todo.

Por el estado de los cuerpos fue imposible deducir las causas de sus muertes.

Algunos, aceptaron el dictamen del juez: "Les sorprendió una tormenta de nieve y murieron por agotamiento físico y congelación"

Otros opinaron que esto era solamente una conjetura y que sin duda, fueron atacados por los lobos, pues al tratarse de dos mozos jóvenes y fuertes y además conocedores de la Sierra, era imposible que la nieve o el frío hubieran acabado con ellos.

Aunque esto último sí me pareció lógico, no creí probable lo de los lobos

Por el camino Resti y su compañero, como el Sol lucía esplendorosamente y otro parecía que la bonanza iba a durar, decidieron ir al "otro lado", pasar la Sierra, a ver a sus familias. Tras asearse y comer algo emprendieron el camino. No habían llegado a la "cimada" aun, cuando el cielo se oscureció otra vez y empezó a nevar.

Después de cenar fui a la cantina. Me resultó extraño no ver a Olivina sentada en su sitio, como de costumbre.

Apoyado en el mostrador saboreaba el café cuando de repente, un desgarrador grito proveniente del piso de arriba: ¡-Resti!!!- nos dejó paralizados. Antes de reaccionar, un gélido estremecimiento recorrió mi cuerpo durante unos segundos. En seguida a toda prisa, a trompicones, como pudimos, subimos la escalera.

Olivina, en su cuarto, entre ayes y aspavientos, desquiciada se golpeaba la cabeza contra la pared.

Su madre, paralizada por la angustia, sin saber qué hacer, atemorizada, la miraba desde un rincón.

A duras penas pudimos sujetarla y lograr que se calmara.

Desde aquella noche no volvió a bajar a la cantina. No la volví a ver más. El miércoles, los mineros del "otro lado" pudieron por fin venir a trabajar, quedándose muy extrañados al no ver ni a Resti ni a su compañero. Cuando preguntaron por ellos también nosotros quedamos muy sorprendidos. No estaban ni allí ni aquí! Habían desaparecido!

Tras las explicaciones llegamos a la conclusión de que algo grave les tenía que haber ocurrido por el camino.

Dimos parte a la Guardia Civil y se procedió a rastrear la Sierra. En la búsqueda; que duró dos meses y pico, intervieron varios números de la Benemérita y unos cuantos familiares y amigos. Recorrimos toda la zona, incluso "la Cueva" y los lugares más escarpados y abruptos en vano. No hallamos ni rastro de ellos.